

Flor-es Medellín

Esta es “la ciudad de las flores”, donde hace unos años en vez de adornar balcones y paisajes las flores se asientan en las tumbas de nuestros muertos, donde nací y desde muy pequeña observo historias de familiares con tristeza y nostalgia que cuentan los relatos de la tía Otilia, matrona de tantos hijos con caderas sustentadas a punta de buen sancocho, arepa y migotes de galletas con tronco de mantequilla en el chocolate, cabellos adornados de canas que cuentan años incalculables en la cédula, tía de generación de pujanza en la tierra, sembradora de sueños y de juegos descalzos en los ríos de Antioquia es la misma tía que aún no se explica por qué vive en esta ciudad donde le pagan sus hijos muertos a 7 millones de pesos cada uno, por la reparación administrativa de la ley 1290 – la cual parece ser la mejor forma de reparar a sus víctimas-al menos la que le tocó a mi tía-puesto que ahora como muchas víctimas están de allí para acá tratando acogerse a otra de las leyes, la 1448. La actual ley de víctimas y restitución de tierras del 2011, dicha ley repara víctimas de las AUC y la guerrilla de las FARC, una ley bastante delimitada pero esperanzadora para un conflicto que aboga entre sus victimarios desde el Estado, hasta los “muchachos de la esquina”, esta es la misma ley que permite que todas las tías de Colombia aparezcan en la agenda pública exigiendo, verdad justicia y reparación, y ante todo perdón. Y es así que como la misma tía aún no entiende como pasó a vivir en una finca de 100 hectáreas llenas de caña y flores donde la abundancia acompaña a una casa de siete por tres en el 12 de octubre en la ciudad de Medellín, comprada con los 21 millones reunidos que suma la muerte de 3 de sus 4 hijos muertos, el último no pagado por no tener la partida de bautizo, porque eso sí con la tía uno aprende los dos mundos que tiene Colombia, el campo y la ciudad, la primera , sin fechas, sin partidas de bautizo, pocas veces con movimientos legales de tierra, con agro, con pobreza, y el segundo el burocrático, en el cual vales y existes en la medida que tienes papeles que te certifiquen y estén autenticados. Sin embargo ni la tía ni yo les guardamos rencor a los “muchachos” los mismos que la sacaron de Segovia en una guerra que ellos morían y otros diseñaban y la recibieron en “la ciudad de las flores”, Medellín. Y ¿por qué guardarles rencor? Si ellos muchas veces eran los que nos celebraban la navidad, nos cuidaban, ayudaban a defender de los golpes de los maridos a sus mujeres, los que le temíamos, son los mismos que llenaban de pétalos de rosas cada día de la madre o la mujer las casas y las calles.

¡Ay hija ¡ ¿Cómo estarán la caña y las flores en la tierra?! - Dice la tía ¡Ay hija esta ciudad de las flores¡ suele preguntar la tía y sin respuestas, siempre la recuerdo cada vez que escucho un relato similar al suyo de tantas tías que conozco diariamente en la ciudad, que cargan su montón de papeles bajo el brazo y que deben relatar por cuadragésima vez su historia triste que siempre vincula, una tumba, un familiar y claro una flor, por eso siempre entre amor y odio me pregunto por esta ciudad, cuando por ejemplo paso por la placita de flores ahhh ¡porque claro, Medellín¡...tiene su propia placita de flores, tiene su propia cifra para pagar los muertos, cuenta con el cementerio universal, la amapola , esa hermosa flor, la que da grandes negocios de droga a todo el país, tiene su propia cuota de jóvenes sicarios, carga el drama de la ruta de la viuda negra, y con él la historia de Pablo Escobar. Cuenta con la reunión una vez al año entre caballos, tragos y grandes familias que se jactan de nuestras flores, mientras ahora desde graderías pagamos por ver a los silleteros de Santa Elena, es la misma ciudad que vende al mundo su gran feria de las flores, eso sí, sin olvidar y si se le olvida yo se lo recuerdo, que en cada ladera siempre hay una tía con una flor llorando un hijo muerto.

Medellín también es la misma ciudad donde la tía Otilia a sus 82 años destapa ollas en Diciembre reúne a la familia, cierra calle y celebra la vida, es en esta ciudad donde en cada rincón de sus laderas las mujeres con flores salen a decorar sus casas cuando vuelve un hijo, las decoran de recuerdos de sus antiguas casas y agasajan las nuevas de sueños, es la misma ciudad que resiste y persiste con el ánimo de sus jóvenes que con el arte nos dibujan pájaros y flores en las calles, los mismos que se reúnen a cantar antes que armarse en las esquinas, donde los maestros se la juegan a diario con el arma más potente: la tiza y la pizarra, donde las madres de la candelaria perdonan con tal sinceridad que adoptan victimarios en las cárceles para querer ayudar, es en Medellín donde las flores dan esperanzas todos los días que recordamos nuestros muertos en los jardines de la memoria y si se le olvida yo se lo recuerdo, que esta es la Medellín que tanto queremos.

Por Maria Isabel Villada Gil